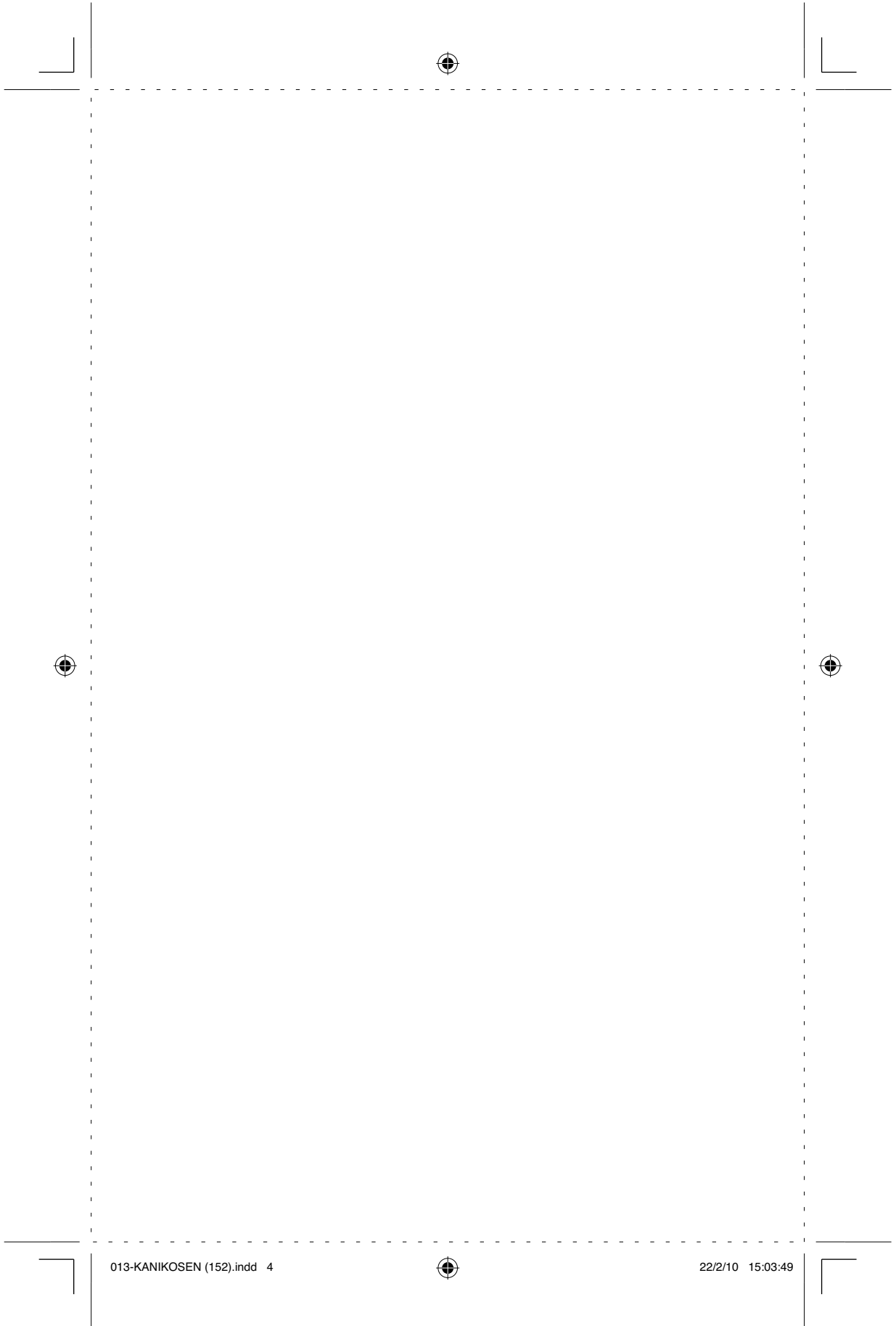


Kanikosen. El pesquero

**K**



# Kanikosen. El pesquero

Takiji Kobayashi

TRADUCCIÓN  
Jordi Juste  
Shizuko Ono



Primera edición, marzo de 2010

Título original: 蟹工船

© de la traducción, Shizuko Ono y Jordi Juste, 2010

© de esta edición, Futurbox Project, S.L.

Diseño de colección y cubierta: Compañía

Publicado por Ático de los Libros

c/ Galileu, 333, 6.º 2.ª

08028 Barcelona

info@aticodeloslibros.com

www.aticodeloslibros.com

Preimpresión: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Romanyà - Valls

Depósito Legal: B. 8.707-2010

ISBN: 978-84-937809-0-6

Impreso en España - *Printed in Spain*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

## I

—Vamos hacia el infierno.

Apoyados en la barandilla de cubierta, dos pescadores contemplaban la ciudad de Hakodate, cuya bahía abrazaba el mar como el caparazón de un caracol. Uno de ellos escupió los restos de un cigarrillo que había apurado hasta quemarse los dedos. La colilla hizo unos cómicos tirabuzones y cayó rebotando por el costado del barco. El cuerpo del hombre apestaba a sake.

Los barcos de vapor flotaban sobre sus anchas panzas rojas; otros, que todavía estaban en proceso de carga, se inclinaban hacia un lado igual que si desde el mar algo les tirara de una manga. Como si el frío mar fuera un extraño tapiz, sobre él se mecían anchas chimeneas amarillas, grandes boyas en forma de campana, lanchas yendo y viniendo entre barco y barco como chinches, hollín y trozos de pan y fruta podrida. El viento empujaba las olas y un humo con un pesado olor a carbón. De vez en cuando se oía, retumbando directamente sobre las olas, el ruido de un torno.

Justo frente a ese barco conservero de cangre-

jos, el *Hakko Maru*, había un velero con la pintura desconchada. Las cadenas del ancla emergían de la proa por dos agujeros que parecían los orificios nasales de un buey. En la cubierta había dos extranjeros que fumaban en pipa y desfilaban como muñecos de cuerda. Parecía un barco patrullero ruso. Obviamente, vigilaba a los cangrejeros japoneses.

—No tengo ni un chavo. ¡Mierda! ¡Mira!

Mientras lo decía, se inclinó hacia un lado, cogió la mano de su compañero, la llevó hacia su cadera y la puso sobre el bolsillo de los pantalones de pana que llevaba bajo su chaqueta de algodón. Dentro, parecía haber una pequeña caja.

El otro se quedó callado mirando a su compañero.

—Ji, ji, ji —se rió éste—. Son naipes.

En la cubierta principal, el capitán, que parecía al menos un almirante, paseaba fumando. A poca distancia de su nariz, el humo que exhalaba daba un agudo giro y se dispersaba en volutas que se llevaba el viento. Un marinero que caminaba arrastrando sus sandalias de suela de madera entró corriendo en la cabina de proa cargado con un cesto de comida y salió rápidamente de ella. Los preparativos habían terminado y el barco estaba listo para zarpar.

Los dos pescadores miraron hacia la oscura bodega en la que se veía a los obreros como si fueran pájaros que asomaban la cabeza en el nido. Eran todos chicos de catorce o quince años.

—¿De dónde eres tú?

—De la calle... —Como todos. Eran niños de los barrios pobres de Hakodate, y estaban muy unidos entre sí.

—¿Y esa litera?

—Nanbu.

—¿Y ésa?

—De Akita.

En cada litera eran de un sitio diferente.

—¿De qué parte de Akita?

—Del norte —respondió uno por cuya nariz salía algo parecido a pus y que tenía el borde de los ojos enrojecido.

—¿Campesinos?

—Eso es.

El aire olía a cerrado y a fruta podrida. Además, en el compartimento de al lado se guardaban docenas de barriles de conservas, cuyo fuerte olor también se percibía en la bodega.

—Un día vas a dormir abrazado a papaíto —dijo uno de los pescadores mirando hacia los chicos y se rió a carcajadas.

En un rincón oscuro, una madre con aspecto de jornalera, que vestía chaqueta y pantalones de algodón y llevaba un pañuelo atado en forma triangular en la cabeza, pelaba una manzana. Se la daba de comer a un niño que estaba tumbado boca abajo en la litera. Mientras miraba cómo comía el niño, ella masticaba la espiral formada por la piel que acababa de pelar. Otras mujeres hablaban entre sí y deshacían sus hatillos junto a los niños. Eran unas

siete u ocho. Había otros niños, llegados de fuera de Hokkaido, a los que nadie había venido a despedir, y que miraban de vez en cuando furtivamente hacia allí.

Una mujer con el pelo y la ropa cubiertos de polvo de cemento sacó una caja de caramelos y repartió un par a cada uno de los niños que había cerca.

—Sed buenos en el trabajo con mi Kenkichi —les decía. Sus manos eran grandes, ásperas y deformes como las raíces de un árbol.

También había otras mujeres que sonaban la nariz a sus hijos, les secaban la cara con una toalla o charlaban entre ellas.

—Tu hijo está sano, ¿eh?

—Bastante.

—El mío está muy débil. No sé qué puedo hacer. Porque...

—En todas partes pasa igual, ¿no?

Los dos pescadores apartaron con alivio la cabeza de la escotilla por la que miraban la bodega. Sin saber por qué, se notaban de mal humor y, en silencio, regresaron desde el agujero de los obreros hacia la proa, donde estaba su propio «nido», en forma de trapecio. Ahí, cada vez que levantaban o bajaban el ancla, las vibraciones los lanzaban unos contra otros como si los hubieran arrojado dentro de una hormigonera.

En la oscuridad, los pescadores estaban hacinados como cerdos y, como en una pocilga, el olor daba ganas de vomitar.

—¡Qué peste! ¡Qué peste!



—¿Pero tú qué te crees? ¡Si somos nosotros!  
¡Que también olemos bastante a podrido, eh!

Un pescador que tenía la cabeza roja y redonda como un tomate bebía sake, que se servía de una botella grande a un tazón que tenía el borde mellado, mientras masticaba un trozo de calamar seco. A su lado, había otro marinero tumbado hacia arriba comiendo una manzana y leyendo una revista de relatos que tenía la cubierta rota.

Cuatro hombres habían formado un círculo y estaban bebiendo sake; otro pescador que todavía no había bebido lo suficiente se les unió.

—... pues eso. ¡Cuatro meses en el mar! ¿Qué más podía hacer?

Su cuerpo era fuerte y tenía la mala costumbre de lamerse el grueso labio inferior y entrecerrar los ojos.

—... y así tengo la cartera.

A la altura de los ojos, blandía un monedero tan liso como un pañuelo recién planchado.

—Aquella putilla, a pesar de ser menuda, lo hace la mar de bien.

—¡Eh, para ya, para ya!

—¡No, no, sigue!

El otro se rió.

—Mirad, mirad, es admirable, ¿no? —Sus ojos de borracho miraban hacia abajo y con la barbilla señalaba la litera que tenían justo enfrente.

Un pescador le estaba dando dinero a su mujer.

—Mirad, mirad, ¿verdad que es admirable?

Sobre una pequeña caja, estaban alineados los

billetes arrugados y las monedas que los dos contaban. El hombre chupaba un lápiz cada vez que anotaba algo en una libretita.

—Mira. ¿No ves?

—Yo también tengo mujer e hijos —dijo el hombre que había hablado de la prostituta, como si se hubiera enojado de repente.

En una litera que estaba un poco más allá, había un pescador joven con el pelo largo sólo en el flequillo y la cara amoratada, hinchada y resacosa.

—Yo, esta vez, había decidido que no vendría al barco —dijo en voz alta—. El intermediario me hizo ir de aquí para allá y me dejó sin blanca... Y aquí estoy otra vez, apuntado en un viaje largo, para que me hagan estirar la pata...

Un hombre del mismo pueblo, al que sólo se le veía la espalda murmuró algo en voz baja.

Un par de piernas arqueadas aparecieron por la escotilla y un hombre bajó las escaleras con un gran petate tradicional cargado sobre los hombros. Se quedó de pie, miró alrededor, encontró una litera vacía y se encaramó a ella.

—Hola —dijo, e inclinó la cabeza hacia el hombre que tenía al lado. Tenía la cara aceitosa y negra, como si se la hubiera teñido—. Vengo para unirme a vosotros, compañeros.

Luego supieron que, hasta justo antes de enrolarse en el barco, había trabajado siete años como minero en las minas de carbón de Yubari. Recientemente se había producido una explosión de gas y había estado a punto de morir. Le había pasado

muchas otras veces, pero en esta ocasión, de repente, había cogido miedo y había bajado de la montaña.

En el momento de la explosión estaba empujando un carro en el interior de la mina. El carro estaba repleto de carbón y él lo llevaba hacia un punto en el que lo debían recoger otros compañeros. Fue como si hubieran encendido cien barras de magnesio delante de sus ojos. En menos de una milésima de segundo, sintió que su cuerpo salía despedido por el aire como un trocito de papel. Vio que frente a él, carro tras carro saltaban por los aires como si fueran cajas de cerillas vacías, todos empujados por la deflagración. No recordaba más. No sabía cuánto tiempo había transcurrido, pero sí que lo habían despertado sus propios quejidos. Para evitar que la explosión se expandiera, el capataz y los mineros estaban construyendo un muro en la galería. Él había oído voces de otros mineros que, tras la pared, reclamaban ayuda. Eran unas voces que, una vez oídas, se quedaban clavadas en el corazón. Si lo hubieran intentado, los habrían podido salvar. Se levantó de golpe y fue hacia aquellos hombres gritando como un loco «¡No lo hagáis; no lo hagáis!» (también él había participado en otras ocasiones en la construcción de un muro como aquel, pero nunca antes había sentido nada especial).

—¡Imbécil! Si el fuego llega aquí será mucho peor.

¿Pero no oían que aquellas voces se volvían cada

vez más débiles? Se puso a correr por la galería agitando los brazos y dando gritos. Dio un traspié tras otro y se golpeó con las estacas de la mina. Tenía el cuerpo cubierto de barro y de sangre. A medio camino, tropezó con las traviesas de las vagonetas y al caer se golpeó con el raíl y se quedó otra vez inconsciente.

—Bueno, esto de aquí no es muy distinto —dijo el joven pescador que había estado escuchando su historia.

El hombre clavó en el pescador su mirada deslumbrada, amarillenta y sin fulgor —típica de los mineros— y se quedó callado.

Los jornaleros-pescadores habían venido desde Akita, Aomori e Iwate. Algunos tenían una expresión sombría y permanecían sentados con las piernas cruzadas y las manos entrelazadas; otros tomaban sake y, abrazándose las rodillas con ambas manos o apoyados contra las columnas, escuchaban las historias que contaban los demás. Todos habían llegado allí porque a pesar de trabajar en el campo de sol a sol no podían ganarse la vida. Habían dejado sus parcelas a cargo de sus primogénitos, sus mujeres habían tenido que buscar trabajo en las fábricas y los segundos y terceros hijos varones habían tenido que marcharse a otros lugares para trabajar y aun así no podían comer. Como si fueran garbanzos quemados en una sartén, los que sobraban eran desechados y expulsados uno tras otro, del campo hacia las ciudades. Todos pensaban en ahorrar y regresar a su tierra.

Pero mientras trabajaban y una vez pisaban tierra firme, permanecían en Hakodate o en Otaru, desesperados, como si fueran pájaros atrapados en cal viva. Y entonces acababan desplumados, tal como habían venido al mundo al nacer. Y ya no podían regresar a su tierra. Y se quedaban en la nevada Hokkaido, donde no tenían familia, pasando el fin de año, y tenían que vender su cuerpo por una miseria. Lo hacían una y otra vez, como si fueran niños tarados; y al año siguiente otra vez, ya sin escrúpulos.

Entraron en la sala común una vendedora ambulante con una caja de golosinas cargada a la espalda, un vendedor de medicinas y otros vendedores de objetos de uso diario. En un lugar apartado como si fuera una isla en el centro del compartimento, colocaron sus mercancías. En las literas de arriba y abajo que había en todas las direcciones, se asomaron todos los hombres y se pusieron a gastarles bromas.

—Así que galletas. ¿Están buenas o qué, chiquilla?

—¡Ah! ¡Ya basta! ¡Qué cosquillas! —Una vendedora ambulante pegó un salto y gritó—: ¡Qué se ha creído este hombre, tocándole el culo a la gente!

El hombre, que tenía la boca llena con la galleta que estaba masticando, atrajo las miradas de todos y se rió avergonzado.

Un borracho, que volvía del baño tambaleándose y apoyándose con ambas manos en las paredes para sostenerse, pellizcó los mofletes rollizos, enrojecidos y tiznados de la chica.

—Esta chica es una monada.

—¡Qué haces!

—¡No te enfades! Voy a abrazar a esta chiquilla y a dormir con ella.

Lo dijo haciendo el payaso frente a la mujer. Y todos se rieron.

—¡Eh, hay *manju*,<sup>1</sup> hay *manju*! —gritó alguien desde un rincón alejado.

—*Síii* —respondió con una voz de mujer clara y penetrante poco frecuente por ahí—. ¿Cuántos quieres?

—¿Cómo que cuántos? Muy raro sería que tuvieras dos. ¡*Manju, manju*! —De pronto, todos se rieron.

—Antes Takeda ha cogido a la fuerza a esa vendedora ambulante y se la ha llevado a un lugar donde no había nadie. ¿No te parece divertido? De todos modos es imposible... —dijo un joven borracho—, lleva pantalones. Dice Takeda que él se los ha sacado de golpe tirando muy fuerte, pero que llevaba otros debajo. Llevaba hasta tres pares... —El hombre agachó la cabeza y soltó una carcajada.

Ese hombre, en invierno, trabajaba en el almacén de una fábrica de zapatos de goma. Llegó la primavera, se acabó el trabajo y se vino a trabajar a Kamchatka. Ambos trabajos eran estacionales

1. El *manju* que ofrece la mujer es un bollo tradicional japonés que normalmente contiene pasta dulce de judías en su interior. Pero el pescador bromea utilizando la acepción vulgar que se refiere a los genitales de la mujer. (N. del t.)

(casi todos los trabajos en Hokkaido lo eran), así que, como para llegar a fin de mes además tenía que trabajar de noche, no paraba ni un momento. «Si en tres años no la he palmado, tendré que dar gracias», dijo. Su piel tenía color de muerto, parecía caucho.

Entre los pescadores, había algunos que habían sido vendidos como «pulpos»<sup>2</sup> a los colonizadores de las partes más recónditas de Hokkaido o a los constructores del ferrocarril. Otros eran vagabundos que habían recorrido el país buscando comida, y también había algunos que se conformaban con tener sake para beber. Además, había campesinos de Aomori, honrados e ignorantes como troncos de árboles, escogidos por los alcaldes de sus aldeas. Reunir a gente de procedencias tan diversas era lo más conveniente para los empleadores (lo que más temían era a los sindicatos obreros de Hakodate, que estaban intentando por todos los medios introducir a alguno de sus miembros entre los pescadores que iban hacia Kamchatka en los barcos conserveros de cangrejos. Los sindicatos de Akita y Aomori se habían unido a ellos para conseguir ese objetivo).

Un camarero con una chaquetilla blanca almidonada iba y venía ajetreado al salón de popa lle-

2. Como el propio autor explica más adelante, a los trabajadores de Hokkaido se los conocía como «pulpos», pues los pulpos, para sobrevivir, se comen sus propios tentáculos. (N. del t.)

vando cervezas, fruta y copas de vino. Ahí estaban los temibles directivos de la compañía, el capitán, el patrón, el comandante del destructor que patrullaba en Kamchatka, el patrón de la policía marítima y el secretario del sindicato de marineros. «¡Mierda! Éstos no paran de beber», se decía molesto el camarero.

En el «agujero» de los pescadores se encendió una pequeña bombilla. Con el humo del tabaco y el hacinamiento, el aire estaba enrarecido y apestaba. El agujero entero era como una letrina. Tumbados en las literas, los hombres bullían como gusanos. Con el patrón al frente, el capitán, el representante de la empresa y el capataz de los obreros entraron por la escotilla y bajaron.

El capitán, preocupado por las puntas de su bigote, se pasaba constantemente un pañuelo por el labio superior. En el pasillo había pieles de manzana y de plátano, calcetines empapados, unas alpargatas y papel de envolver con granos de arroz pegados. El desagüe se había atascado. Mirándolo, el patrón escupió sin ningún recato. Todos habían estado bebiendo y tenían las caras rojas.

—Quiero deciros unas palabras. —El patrón, que tenía un cuerpo fuerte como una barra de hierro, puso un pie en la separación entre literas y, mientras mordía un palillo y escupía restos de comida se puso a hablar—: Algunos ya lo saben, pero tengo que deciros que el cometido de este barco factoría de cangrejos no debe verse como una empresa cuyo único objetivo sea ganar dinero. Se trata



de un problema internacional de gran importancia. Nosotros, los ciudadanos del Imperio japonés, ¿somos más capaces que los *ruskis* o no lo somos? Es una lucha de hombre a hombre. Por lo tanto, si..., sólo si..., aunque es imposible que eso suceda, si perdemos, los japoneses que tenemos cojones tendremos que hacernos el haraquiri y dejarnos caer al mar de Kamchatka. Sólo porque tengáis el cuerpo pequeño, no vais a dejar que os ganen esos torpes *ruskis*.

»Y, además, nuestra industria pesquera en Kamchatka no se limita a las conserveras de cangrejos, sino que incluye también las pesquerías de salmón y trucha, lo que nos confiere una ventaja respecto a otros países. Y esas pesquerías son de especial importancia para un país tan densamente poblado como el nuestro, pues nos permiten suministrar comida a nuestro pueblo. No creo que una gente tan ignorante como vosotros pueda, pero deberíais entender que por eso arriesgamos nuestras vidas en los agrestes mares del norte. Y es por esa razón por la que, cuando vamos ahí, nos protegen las Fuerzas Armadas Imperiales. Así que, si alguno imita esas cosas tan de moda que ahora hacen los *ruskis* y crea problemas, estará traicionando a la patria. Se supone que eso no sucederá, pero os lo advierto ahora para que os entre bien en la mollera... —El hombre, que parecía estar recuperándose de la borrachera, estornudó repetidas veces.

El comandante del destructor, que también estaba borracho, bajó con paso inseguro por la pasare-

la, como si fuera un muñeco con un muelle, para subir a uno de los botes que lo estaban esperando. Sus marineros, desde arriba y desde abajo, cogieron al oficial como si fuera un saco lleno de piedras. Él agitaba las manos, daba puntapiés, vociferaba y escupía a aquellos hombres en la cara.

—En público dicen esto y lo otro, pero así es como son...

Cuando lo tuvieron a bordo, uno de ellos, mientras desataba la cuerda desde un extremo de la pasarela y mirando de reojo hacia el comandante del destructor, dijo en voz baja:

—¿Lo liquidamos?

Los dos aguantaron la respiración un momento y, luego, soltaron una carcajada al unísono.